

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

AMOR

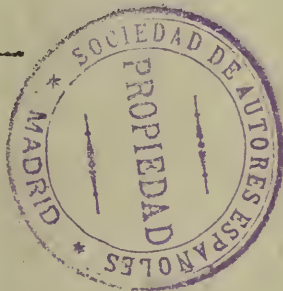
Á LA PATRIA,

DRAMA TRÁGICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LA

SRA. D.^a ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.



MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

AUMENTO á la Adición al Catálogo de 1.º de Abril
de 1877.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	PROP. q. CORRESPON.
COMEDIAS Y DRAMAS.					
		Amor á la patria—d. o. v.	1	D.º Rosario de Acuña...	Todo.
4	2	Caiga el que caiga—j. o. p. ...	1	D. Eduardo Sz. Castilla.	»
3	3	Casamientos y vice-versa.	1	Daniel Balaciart.	»
4	2	Dios aprieta.	1	J. Velazquez y Schez..	»
		Dimats 13.	1	José Ovara.	»
3	3	Dos prófugos—p. o. v.	1	Pascual de Alba.	»
»	»	El conde Patrizio.	1	G. Sanchez Castilla..	»
10	1	El laurel de Virgilio—d. o. p.	1	Ricardo de Medina..	»
1	10	El premio á la virtud—c. o. v.	1	José Olier.	»
		En el Cármen y por Cármen— j. o. v.	1	Eliás Aguirre.	»
3	1	Fuerza mayor.	1	José Estremera.	»
3	2	Hay entresuelo.	1	José Estremera.	»
4	3	Joaquinito—j. o. p.	1	M. Rodrigz. Saavedra	»
		La mamá de mi mujer.	1	Eduardo Maza.	»
6	3	La perla de mi mujer.	1	C. Gil y Luengo.	»
		Los tres novios de la niña.	1	M. Ramos Carrion..	»
4	2	La torre de Talavera.	1	Eugenio Sellés.	»
3	1	Otro José—c. o. p.	1	José de Fuentes.	»
2	2	Por un anuncio.	1	J. G. de Iribarrén. ...	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Truchant.	»
3	2	Tenorio y Mejía—j. o. v.	1	Leandro Torromé. ...	»
2	3	Una y no más—c. a. p.	1	Ricardo Medina.	»
		Un aprenent de lletí.	1	José Ovara.	»
4	2	Un nido de víboras—c. a. p. ...	1	José de Fuentes.	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p. ...	2	Salvador Lastra.	»
4	2	Un cuento de niños—c. o. v. ...	2	Antonio G. Gutierrez.	»
6	2	Un cargo de confianza.	2	R. Lopez del Rio.	»
5	2	¡Don Martín!	3	R. Lopez del Rio.	»
		El chiquitín de la casa—j. a. p.	3	M. Pina Dominguez..	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	D. Leopoldo Cano.	»
3	3	Enseñar al que no sabe—c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva.	3	D.ª Elisa de Luxán.	»
		Fueros y Germanías, ó el en- cubierto de Valencia.	3	D. F. Palanca y Roca..	»
		La cruz de plata.	3	F. Palanca y Roca..	»
10	2 a.	La dama del Rey.	3	Valentin Gomez.	»
7	2	La evidencia.	3	F. Perez Echevaría..	»
3	3	La rosa amarilla—c. a. v.	3	Eusebio Blasco.	»
3	2	Los niños y los locos.	3	Eusebio Blasco.	»
		Pablo ó la Providencia.	3	F. Cid Rodriguez. ...	»
6	3	Una criolla—c. o. v.	3	A. Garcia Gutierrez.	»

AMOR A LA PATRIA.



AMOR A LA PATRIA,

DRAMA TRÁGICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LA

SRA. D.^a ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

Escrito para la Sra. MARIN, dedicado á los hijos de Zaragoza y estrenado en dicha poblacion el 27 de Noviembre último, bajo el pseudónimo de Remigio Andrés Delafon.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

INÉS, 40 años.....	SRA. MARIN.
MARÍA 20.....	STA. ABRIL.
PEDRO, 24.....	SR. COMTE.
TOMÁS.....	SR. CEPILLO.
DIEGO, hombre del pueblo.....	SR. CARSI.
VARIAS VOCES.....	»

Rondalla Zaragozana, que no sale á escena.—Hombres y mujeres del pueblo.

La accion pasa en Zaragoza el dia 2 de Julio de 1808
en una casa de las inmediaciones del Portillo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La autora se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Abuela mia: largas noches de invierno he pasado escuchándote relatar los hechos asombrosos que presenciaste en la heroica guerra de la Independencia; y más de una vez he llorado conmovida, al oír las escenas desgarradoras de la epopeya más grandiosa de nuestro siglo. Recordando aquellas veladas, escribí esta obra: á tí te la dedico, ya que tu palabra^a me enseñó á conocer el período más glorioso de nuestra historia. Recíbela como una débil muestra de la veneracion y el cariño que te guarda tu

Rosario.

ADVERTENCIA.

Véase HISTORIA DE ESPAÑA, de *D. Modesto Lafuente*, Tomo XXIII, Parte tercera, Libro X, Cap. II. Pág. 509 y siguientes.

ACTO ÚNICO.

La escena representa el patio de una casa : á la derecha del espectador la fachada de la casa, compuesta de puerta y ventana (la puerta en primer término), dos ventanas en el piso superior, una de las cuales estará practicable; sobre la puerta un emparrado que avanza algo sobre la escena; debajo del emparrado una silla y dos bancos de madera. Enfrente del espectador telon de fondo de calle en último término: en segundo una tapia que atraviesa todo el escenario; á la izquierda del espectador una fachada de casa sin piso alto, compuesta de una pequeña puerta y dos ventanas, una á cada lado de la puerta. Delante de la misma, en primer término, y apoyado en la pared, un monton de leña. Al otro lado de la puerta un pozo. Esta fachada de casa ha de figurar una dependencia tal como pajar ó cuadra de la casa principal. Enfrente del espectador, y en la tapia, una ventana con reja, cuyas hojas estarán practicables para abrirse por dentro de escena. En el mismo frente, y á la izquierda, un porton de dos hojas que han de abrirse hácia el espectador. En el rincon de la derecha del patio una cuba alta y varios aperos de labranza. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, en traje sencillo de la época y algo característico del país. **INÉS** con traje oscuro é iguales detalles que el de **María**.

INÉS. (Al ver á **María** entrar por la puerta del fondo.)
Al fin vienes; por Dios que tu tardanza

pesarosa é inquieta me tenía.

En tu rostro la pena se retrata;
son tan tristes acaso las noticias?

MARÍA. (Que ya está en primer término de escena.)

¡¡Tan tristes son que del dolor el alma
apenas se da cuenta, madre mia!!

Como se cubre dilatado campo
en el verano con la rubia espiga;
como la blanca espuma de las olas
sobre la playa sin cesar se agita,
así junto la pobre Zaragoza
se aglomeran las huestes enemigas.

INÉS. ¡¡Aún vienen más franceses?

MARÍA. ¡¡Sí; el infierno

sin duda de sus antros los vomita!!

Desde las defendidas aspilleras
y entre un grupo de pueblo confundida,
pude verlos, del Ebro en la ribera,
levantando jigantes baterías.

INÉS. De conquistar la joya más preciada
de Aragon, por mi nombre, que desistan,
si no quieren coger en vez de lauros
cadáveres, escombros y cenizas!!!

MARÍA. ¡¡Tu voz, como mi voz, no puede nada!!

¡¡Mujeres somos!!

INÉS. (Con calor.) ¡¡Por la patria mia,
aunque mujer, la sangre de mis venas
late con entusiasmo; y por su dicha,
por verla libre de extranjero yugo,
por conquistar su libertad bendita
y mirarla temible y poderosa,
la vida, es poco, el alma perdería!!

(Transición del entusiasmo á la tristeza.)

¡Acaso al escuchar este lenguaje
tiembla tu corazón, sí, pobre niña,
veinte años no cumpliste y es muy poco
para medir los trances de la vida!

MARÍA. (Con amargura.) Duéleme, madre, que tan mal te trates
diciendo esas palabras á tu hija;
tú, la heróica mujer, buena entre todas,
de estirpe noble, poderosa y rica,
que por unir tu suerte á un artesano
perdiste nombre, posicion, familia;
tú, la madre del alma idolatrada,
que entre el humilde pueblo confundida,
diste siempre el ejemplo de virtudes
que, sólo al contemplarlas, santifican;
tú, que madre de un hijo sin conciencia
su ingratitude y su abandono olvidas,
y llorando su ausencia dilatada
pasas los años sin contar los días,
tú me dices que acaso tiemble el alma
de pueriles zozobras aflijida...
¡como si sangre tuya no tuviera
y no fuese Aragon la patria mia!

INÉS. (Con amor.) ¡¡Hija!! de mi dolor en los arcanos
penetró tu palabra; la mentira
sé que jamás pronunciará tu labio;
el alma triste en tu valor confía. (Con tristeza.)
¡Tu hermano! ¡sí! ¡Dios mio! ¡cuánto tiempo!
¡Nueve años hace ya; mi triste vida
en la viudez y en el dolor pasaba;
quince abriles mi Pedro cumpliría,
cuando una noche, noche de tristeza,
que aún la recuerda el alma estremecida,
sin causa, sin por qué, sin más razones
que aquesta carta que mi pecho agita,
despareció de nuestro humilde albergue
dejándome y dejándote muy niña.

MARÍA. Y sola tú desde tan triste noche,
sin amigos, ni deudos, ni familia...

INÉS. (Interrumpiéndola.)
Quise ahogar el dolor dentro del alma
buscando tu amor, bien de mi vida,

- dejé pasar los solitarios años
que tan sólo recuerdos me traían.
- MARÍA. (Con cariño.) Y yo al calor de tus abrazos, madre,
mirándome en tus ojos sonreía,
aprendiendo de tí con entusiasmo
á ser noble y á ser buena patricia.
- INÉS. En la orfandad que sufre tu existencia,
tus esperanzas en la patria fija,
á ella levanta el fuego de tus ojos,
por ella ruega en oracion bendita
y, si fuese preciso que tu brazo
luchase con denuedo, no vacila,
ármalo de un puñal y como brava
lucha por ella hasta perder la vida.
- MARÍA. Madre y patria; guardando estos dos nombres
el alma siempre vivirá tranquila.
- INÉS. Así te quiero ver, que así he soñado
que fuese el hijo que robó mi dicha.
(Transición de la tristeza al entusiasmo.)
Si cerca le tuviese, con qué orgullo
y conmovidas voces le diría:
¡hijo! la Francia quiere que tu patria
en repugnante feudo esclava viva!
Y ese gran Napoleou, dueño del mundo,
supone que es muy fácil su conquista!
¡Hijo de mis entrañas! Cuanto tienes
es un brazo leal y sangre altiva!
¡Corre á buscar el vengador acero,
tu fuerte mano con valor lo esgrima,
y sin que nunca el pecho se acobarde
por tu patria y tu Dios luchando espira!
- MARÍA. (Con calor.) Si no puedes decirselo á tu hijo,
con entusiasmo lo escuchó tu hija.
- INÉS. (Conmovida.) María...
- MARÍA. Si acaso lo dudases
presto con mis acciones lo creerías.
- INÉS. Explicame lo que por fuera pasa

y si habrá una defensa positiva.

MARÍA. Todos están en que se hará defensa,
¡pero espanta el estado de la villa!
y sobre todo el lado del Portillo
tan próximo de aquí.

INÉS. Todo hecho ruinas,
me dijo ayer Tomás, que se encontraba
cuando vino á contar lo que Agustina
hizo por la defensa del Portillo.

MARÍA. ¡Qué mujer! ¡qué mujer!

INÉS. ¡Nadie diría
que apenas cuatro lustros ha cumplido!
Pero en fin, qué sucede?

MARÍA. Las noticias
que he de darte son breves, cual escasas;
se dice que unos cuerpos de milicia
vendrán á reforzar los del Portillo
en tanto que estas casas, que radican
en sus inmediaciones, por vecinos
y algunos pocos bravos defendidas
serán; despues he oido
que un poco ántes de pasar el dia
se alzarán tres inmensas barricadas,
una de ellas muy cerca de la esquina,
precaucion que se toma, por si acaso
el enemigo audaz se precipita
sobre estas calles.

INÉS. Bien, bien me parece.

MARÍA. Lo principal me falta.

INÉS. Pues aprisa,
que aunque lejano, escucho algun murmullo.

MARÍA. Como esta casa sólida y antigua
la pudiera tomar el enemigo,
y en fuerte del momento convertirla,
la junta de este barrio y los vecinos
han dicho que es preciso hacerla ruinas.

INÉS. (Con un movimiento involuntario de terror.)

- ¡Jesús, qué horror!
- MARÍA. (Con severidad.) Por cierto, madre,
que es poco tu valor.
- INÉS. (Dominándose.) Prosigue, hija.
- MARÍA. (Con resolución.)
En fin, yo les he dicho que, en tu nombre,
la casa y cuanto encierra les cedía.
- INÉS. Bien hecho (Con firmeza.)
- MARÍA. Pero que era el caso
para tratarlo como al caso hacía,
y que pensaran que si tal vez fuera
algo mejor volarla que el hundirla,
la necesaria pólvora trajesen,
y puesta en la bodega en una tina,
si el peligro arreciaba y los franceses
vinieran hácia aquí, tu mano misma
pegará fuego á la estendida mecha
dejándola en escombros convertida.
- INÉS. (Con calor.) ¡No en valde á la Agustina Zaragoza
has visto combatir; la patria mia
no ha de rendirse nunca al extranjero
mientras albergue tantas Agustinas!
- MARÍA. ¿Apruebas mis palabras?
- INÉS. Las apruebo,
y yo sabré cumplir como patricia.
- MARÍA. (Queriendo asegurarse de la resolución de su madre.)
¿Si la pólvora traen?...
- INÉS. La llevan dentro!
Donde quieran ponerla que lo digan.
- MARÍA. (Al ver que se marcha su madre.)
Te marchas de mi lado!
- INÉS. Los recuerdos
quiero salvar de la espantosa ruina
y voy á recogerlos con despacio,
(Al ver el ademán de seguirla que hace María.)
no te muevas de aquí, vuelvo en seguida.

ESCENA II.

MARÍA sola.

Este monólogo depende de la actriz, la cual comprenderá toda la importancia de la significacion y modulacion de sus frases, puesto que es de puro sentimiento.

MARÍA. ¡Madre del alma! ¡madre idolatrada!
¡Acaso al verme tan tranquila, piensa
que indiferente el corazon helado
nunca sintió el amor por estas piedras,
y las contemplo á escombros destinadas
sin que hondo llanto de mis ojos vierta!
¡¡Ay!! ¡que del alma en lo profundo lleve
acerado puñal que me atormenta,
y siento la garganta comprimida
por un nudo de hierro que me aprieta!!
¡¡Mi casa!... ¡mis sonrisas, mis amores,
los juegos de mi infancia, mis creencias,
el lecho donde el cuerpo reposaba;
la ventana, colgada de verbenas,
el espejo do viera mi prendido,
el ancho hogar donde quemé la leña,
la estampa de la Virgen, los floreros...
Y allá, muy alto, de los cielos cerca,
el palomar, en cuyos blandos nidos
buscó mi mano la paloma nueva!
¡Y todo en vano polvo, cual lo arrastra
el furioso huracan en noche horrenda,
he de mirarlo presto convertido!!...
(Transicion de la tristeza á la indignacion; con ademan hácia
el foro.)
¡Infame Napoleon! ¡infame y negra
esa nube de gloria que te ofusca
y te hace ser verdugo de la tierra!...
(Con tristeza.) ¡Ay, madre! tú no sabes que, callada

por no hacerte sentir más viva pena,
recojo en lo profundo de mi pecho
todo este llanto que mis ojos quemara!

ESCENA III.

TOMÁS, DIEGO y HOMBRES DEL PUEBLO; éstos últimos llevando dos barriles que pesan bastante. Tomás en traje de voluntario; los demás vestidos de aragoneses (traje del pueblo.)

- MARÍA. (Al sentir que llaman á la puerta del patio.)
¿Quién llama?
- TOMÁS. (Desde dentro.) Yo, Tomás, ¿no me conoces?
- MARÍA. (Ap. y luego alto.)
(No han de verme llorar.) Ya voy, espera.
- TOMÁS. (Entra solo.) ¿Estás sola?
- MARÍA. Mi madre está allá dentro.
- TOMÁS. (En segundo término de escena.)
¿Pueden entrar la pólvora?...
- MARÍA. Que vengan
cuando quisieren.
- TOMÁS. (Hace entrar á Diego y demas hombres: á ellos.)
Bueno, pues andando.
- MARÍA. Lléalos tú, Tomás, á la bodega.
- DIEGO. (Adelantándose hácia la escena y con segunda intencion.)
Ya sé yo dónde está, si acaso hay vino...
- MARÍA. (Con dulzura.) Puedes beber y darles lo que quieran.
- DIEGO. (Indicando á los hombres que llevan los barriles la puerta de la casa por la cual entran.)
Por aquí, y cuidadito con los choques.
- TOMÁS. Que no se olvide colocar la mecha.
- DIEGO. Yo mismo la pondré.
- TOMÁS. Por la ventana
puedes por un extremo suspenderla,
que la mecha es muy larga y dará tiempo
para salvarse al punto que se encienda.
- DIEGO. (Queriéndose enterar del mandado.)
Es decir, que un extremo en los barriles?...

TOMÁS. (En sentido afirmativo.)
Y el otro entre los hierros de la reja.
(Diego entra en la casa.)

ESCENA IV.

TOMÁS y MARÍA: poco despues DIEGO y demas HOMBRES que le acompañaban.

TOMÁS. (Viendo á María con la mano en los ojos y con cariño.)
¡Pobre María! ¡lloras?

MARÍA. (Procurando disimular su pena.) Ni por pienso.
Es que tengo en los ojos...

TOMÁS. (Con cariño.) ¡Una pena
que, aunque negarla quieres, con el llanto
está pugnando por salir afuera!

MARÍA. Pues bien, sí, estoy llorando, aunque no quiero,
que era esta casa para mí, la tierra.

TOMÁS. María, yo te juro por el cielo
que así que se termine esta pelea,
cuanto soy, cuanto valgo y cuanto tengo
ha de ser para tí.

MARÍA. (Con cariño.) ¡Gracias!

TOMÁS. No creas
que sólo de palabra lo he jurado.

MARÍA. (Con efusion.) Lo sé, Tomás, lo sé por largas pruebas
que tengo de tu amor; yo, por mi parte,
te prometí, y renuevo mi promesa,
que del altar ante las santas aras
he de jurarte ser tu compañera...
(Con tristeza.) ¡Pero mi hogar! ¡mi madre sin abrigo!...
¡Infelice mujer!

DIEGO. (Entrando.) ¡Tomás?

TOMÁS. (Con impaciencia.) Espera...

DIEGO. Ya está todo en su sitio, ¿mandas algo?

TOMÁS. Nada, que te retires y en la puerta
de tu casa coloques los fusiles

para darlos allí cuando convenga.

(Durante este diálogo los hombres han salido de escena por la puerta del patio.)

DIEGO. Me voy y dejaré junto á la esquina
para guardar la casa un centinela.
Mariquilla, con Dios. (A María.)

MARÍA. Guárdete el cielo.

DIEGO. (Ap. á Tomás é indicando la mecha que se habrá visto colocar en los hierros de la ventana.)

(¿Quién dará el fuego?)

TOMÁS. (Con impaciente enojo.) Yo: vete ya fuera.

(Diego se vá.)

ESCENA V.

MAR

MARÍA. ¿No los sigues, Tomás?

TOMÁS. (Con cariño.) Voy á dejarte
sola con el dolor que te atormenta?

(María con un arranque enérgico de entusiasmo y pasando del dolor á la exaltación más violenta.)

MARÍA. ¡Triste fragilidad de las mujeres!...

¡¡El haberla tenido me avergüenza!!

¡Basta ya de llorar; la patria mía
necesita sus hijos y, en la guerra,
no se vierte el raudal de nuestros ojos,
si no la sangre que la vida presta!!

(Con ademán amenazador.)

¡Franceses! de estas lágrimas vertidas,
de este rubor que me causó verterlas,
en breve plazo, por la dicha mía,
habeis de darme precisada cuenta!!!

(Con ademán rápido le coge á Tomás ¡una pistola que éste llevará en el cinto.)

¡Dame, Tomás; sin apartarla un punto
de esta mano febril que la sujeta,
me lanzaré al combate, sin que nada

- ni nadie en mi camino me detenga!
- TOMÁS. (Con arranque entusiasta.)
Y yo con el recuerdo idolatrado
de mujer tan amante como fiera,
si ántes con entusiasmo peleaba,
como un leon me lanzaré en la guerra!
- MARÍA. (Con viva entonacion y eutusiasmados ademanes.)
¡¡Y si quiere el destino que vivamos
despues de conquistar la independencia,
yo les diré á los hijos de mis hijos,
lo que á los pueblos sus derechos cuestan.
Y de siglos en siglos repetidas
memorias tan gloriosas cuan acerbas,
servirán de bandera en nuestra pátria
cuando se acerquen huestes extranjeras.
Y á un solo grito, conmovida España,
los ámbitos llenando de la tierra,
les dirá á las edades y á los pueblos
que libertad y honor nunca se pierdan!!
- TOMÁS. (Con creciente exaltacion.)
¡Adios, tal vez por siempre, adios, María!
¡Vóime á retar la muerte en las trincheras,
para probar que de tan bravas hijas
héroes no más, es justo que nacieran!...
- (Se va precipitadamente por la puerta del fondo. que se queda entreabierta.)
- MARÍA. ¡Á morir! ¡á morir, ántes que el mundo
encadenados nuestros hijos vea!!!...
- (Se va precipitadamente por la puerta de la casa. En la escena que precede, y cuando Tomás dice, *Adios tal vez*, entra Inés en escena ocultándose detrás del barril que hay á la derecha, y escucha hasta el final el diálogo de Tomás y María, sin que éstos se aperciban de su presencia.)

ESCENA VI.

INÉS, y luego PEDRO, vestido de capitán de dragones imperiales, envuelto en una capa de fraile que le cubre todo el traje. La capucha se la echa atrás al entrar en escena. Sale por la puerta de la izquierda.

INÉS. Á morir, sí, lo han dicho, no hay remedio,
la muerte con la gloria nos aguarda;
¡patria que ves á tus heróicos hijos
al pié de tu bandera ensangrentada!
¡Hermoso azul de nuestro hermoso cielo!
¡Brisa tranquila que mi frente bañas!
¡Leyendas de fantásticos primores!
¡Recuerdos venturosos de la infancia!
¡Patria bendita, cuyo nombre santo
escrito guardo en lo mejor del alma!!
Débil mujer nací, poco te ofrezco
si he de ofrecerte fuerza inusitada,
pero te juro por el santo templo
que envuelto en joyas el Pilar nos guarda,
que mientras sienta el soplo de la vida
con los brazos no más, si faltan armas,
lucharé por tu noble independencia
con todo el fuego que mi pecho abrasa!

(Durante las últimas palabras de Inés, Pedro aparece, y sin que se entere Inés de su presencia, se dirige á la puerta del patio cerrándola con precaucion: al ligero ruido que hace, vuelve Inés la cabeza dando lugar á lo siguiente. Es necesario que el público se aperciba de estos movimientos, y del sitio por donde entra Pedro.)

Qué ruido es ese... ¡santo Dios, qué veo!

PEDRO. (Adelantándose hácia su madre.)

¡Madre, madre!...

INÉS. (Abrazándole con frenesí: instante, cuya interpretacion se deja á cargo de la actriz.)

¡¡Jesús, hijo del alma!!:

(Pausa de breves segundos.)

¿Pero qué es esto, acaso desvarío?...

PEDRO. No, yo soy. (Con cariño.)

INÉS. Por favor, por favor, habla?...

PEDRO. ¿Tu perdon?

INÉS. ¡Mi perdon! ¡piensa el ingrato que llamándome madre lo negára?

PEDRO. ¿Pero tanto abandono, tanto olvido?...

INÉS. ¿No estoy oyendo, Pedro, tus palabras?
¡Pues si al fin te escuché, si te estoy viendo malo ó bueno el ayer ¿me importa nada?

PEDRO. (Con efusion.)

¡Bendita seas, madre de mi vida!!...
Y ¿dónde está María? ¡pobre hermana!
¡Tan niña la dejé, que mi memoria tal vez se habrá borrado de su alma!

INÉS. Si de pronto te viese, Pedro mio, sólo como un extraño te mirára, porque apenas recuerda tus facciones, y ménos el vibrar de tu palabra.

PEDRO. Sí; ¡me dejó tan niña!!...

INÉS. ¡Cuando al campo por órden de la ciencia fué llevada, siete años solamente cumpliría; despues tú te marchaste de esta casa, y cuando ella volvió, yo estaba sola... ¡Nueve años sin mirarte! ¡si me espanta!

PEDRO. ¡Nueve años hace ya! ¡bien lo recuerdo!...

INÉS. ¿Pero dime por Dios?...

PEDRO. ¿De aquella carta?

INÉS. (Sacando un papel del pecho.)

Mírala; sobre mí siempre la llevo y ya sé de memoria sus palabras:

(Abre la carta y recita sin mirar el papel.)

«Madre; me voy y acaso por ingrato
»viva en tu corazon; ten esperanza

»que pronto ó tarde volveré algun día
»y entónces me dirás si te engañaba.
»Ancho es el mundo, mi ambicion inmensa,
»para llegar á donde sueña el alma
»me era preciso atesorar riqueza
»ó ser de tu vejez inmensa carga:
»de mí mismo yo quiero la fortuna,
»voy con mis pocos años á lograrla.»

(Dejando de recitar.)

Tales son estas letras que mis ojos
de noche y dia sin cesar repasan...
¿Despues?

PEDRO. Despues, con mi trabajo,
con aquellos tesoros, que en mi infancia,
tu vasta ilustracion dejó grabados;
con mi loca ambicion, y con mi audacia,
logré que el huracan de la fortuna
sobre mi vida un punto se parára.

INÉS. ¿Y bien?

PEDRO. Á la nacion vecina
pasé...

INÉS. (Con dolorosa entonacion.)

¡Hijo!

PEDRO. Con ventura extraña,
y con medios que callo por prolijos,
á sus banderas ofrecí mi espada...

INÉS. (Como si no comprendiera lo que oye.)
Sin duda no escucharon mis oidos.
¿Dices que eres soldado?

PEDRO. (Sin comprender la intencion de su madre prosigue su relato,
y uniendo la accion á la palabra se desemboza mostrando su
uniforme; la capa cae al suelo y allí se queda.)

¡De la Francia!

¡Capitan de dragones imperiales,
nombrado sobre el campo de batalla
por Verdier, general de nuestras tropas
que tiene á Zaragoza bloqueada.

(Aquí hace Inés un movimiento para hablar, pero no le deja Pedro, que prosigue con entusiasmo.)

Y ayer, cuando al ataque del Portillo
nuestros bravos soldados se lanzaban,
llevando entre mis manos su bandera
y ébrio mi pensamiento de esperanza,
me arrojé con valor inusitado
donde más ríciamente se luchaba.

INÉS. (Interrumpiéndole con calma y contenida indignación aunque con tono algo sarcástico.)

¿Y acaso á la Agustina Zaragoza
amenazó tu vengadora espada?...

PEDRO. (Sin comprender la intención de Inés.)

Cuando aquella mujer enloquecida
la mecha entre sus manos levantaba
para lanzar en contra de mi hueste
una lluvia horrorosa de metralla...

INÉS. (Sin poderse contener le coge con violencia una mano diciendo con reconcentrado acento.)

¿No sentiste brotar dentro del pecho
de honda vergüenza abrasadora llama,
ni tus manos soltaron tu bandera
ni de tus ojos resbaló una lágrima?...

PEDRO. (Asombrado sin comprender la intención de Inés.)

¡Madre!...

INÉS. (En el mismo tono.)

Díme: ¿y sin fuerzas desde entónces
para vender como traidor tu pátria,
no corriste, de espanto poseido,
y de la Virgen á las nobles plantas,
no juraste verter tu sangre toda
por defender la libertad de España?

PEDRO. (Fuera de sí al escuchar á Inés.)

¡Madre, yo no comprendo lo que dices!
¿Qué mal pude yo hacer! ¿por qué me lanzas
con ese tan sarcástico lenguaje
unas frases tan duras y tan ágrías?

- Acaso yo, que á la fortuna unido
y por la gloria conmovida el alma,
logrado tu perdon, viéndote amante,
al contarte mis triunfos te enojaba?
- INÉS. (Ap.) ¡Es posible no sepa el desgraciado
todo el horror que encierran sus palabras!)
(Alto y procurando dar más dulzura á sus palabras.)
Pero infeliz, ¿ignoras que tu vida
entrando en Zaragoza peligrosaba?
¿Cómo hasta aquí llegaste, pronto, dime?
- PEDRO. (Llevándola hácia la puerta por donde entró y señalando al
interior.)
Míralo.
- INÉS. ¿De una mina esa es la entrada?
- PEDRO. (Al ver que hace Inés un movimiento para retirarse.)
Sí, pero escúchame, que por mi daño
el tiempo más que sobra está de falta.
(Inés se queda en el centro de la escena escuchando á su
hijo, aunque sin mirarle.)
Sabiendo por Verdier, soy su ayudante,
que un ataque horroroso se prepara
y sin poder entrar en Zaragoza
como hace dias ambiciona el alma,
he concebido un plan, que hasta la fecha
no me sale tan mal como esperaba:
conociendo el terreno palmo á palmo
de lo que fué el albergue de mi infancia...
- INÉS. (Con amargura.)
¿De tu niñez me asombra que te acuerdes!
- PEDRO. Me propuse llegar donde te hallabas.
De la última trinchera del Portillo
hasta aquí casi es nula la distancia,
y una mina, hábilmente dirigida,
por ese pabellon me dió la entrada,
sirviéndome de mucho el subterráneo
que esconden los cimientos de la casa
y del que tú es posible nada sepas.

INÉS. Es cierto, nada sé.

PEDRO. Si por desgracia
en contra de mi plan y mis deseos
no hubiera sido tuya esta morada...

INÉS. (Con amargura.)
¡Es muy rica de penas y recuerdos
para que Inés, tu madre, la dejára!

PEDRO. (Siguiendo su relato.)
Entónces con sigilo hubiese vuelto
á mi campo; ¡por Dios que no esperaba
ser tan dichoso!...

(Abrazando á su madre que le rechaza con alguna frialdad.)

INÉS. Bien, ya estás en ella.

¡Ya no la dejarás?

PEDRO. (Con extrañeza.)

¡Yo! ¡no dejarla?...

¡Verdier sabe que he entrado en Zaragoza
aunque ignora el por qué; hoy se prepara
un ataque y acaso está esperando
que le lleve noticias...

INÉS. (Con indignacion.) ¡No me espanta!

¡Hijo ingrato, traidor á Zaragoza!

¡Tan sólo el ser espía te faltaba!!

PEDRO. ¡Madre, por Dios! (Con vehemencia.)

INÉS. (Con resolucion.) Sí, Pedro, ya lo sabes,

así piensa tu madre, que del alma
quisiera arrebatar, áun la memoria
de que hubo un tiempo que feliz te amaba.

PEDRO. (Con amargura.)

¡Oh, cruel!!

INÉS. (Con energía.)

¡No lo soy, no, por mi nombre!

No dejes Zaragoza, mis palabras
olvida, al punto sígueme; del templo
bajo las anchas naves me acompaña;
despues, á tus hermanos reunidos
corre pronto á pedir que te den armas

y al noble són de tus cantares pátrios
lucha como español en las murallas!

PEDRO. (Con asombro primero, luego con energía.)
¿Que deje á Napoleon? ¡Madre, estás loca!
INÉS. ¡Loca me volveré por mi desgracia!
(Con vehemencia.)
¿Pero sabes lo que es, desventurado!
ese falaz que Napoleon se llama?

PEDRO. (Poseido de entusiasmo al relatar los hechos de Napoleon.)
¡Napoleon, madre mia, es el destino
que vierte sobre Europa conquistada
la semilla de edades lisonjeras
para la dicha de la grey humana!
¡Napoleon, al fragor de sus cañones
y en los sangrientos campos de batalla,
enseña al pueblo á conquistar derechos
que un bárbaro egoismo le negaba!
¡Nada importa que reyes y naciones
tiemblen ante el vibrar de su palabra,
ni que la tierra estremecida gima
al sostener á sus triunfantes águilas!
¡De esos rudos combates que sostiene,
de esas dobles conquistas que levanta,
han de nacer en siglos venideros
hondas virtudes que con sangre arraigan!

INÉS. (Con gravedad y entonacion dramática contestando a Pedro
aunque sin mirarle.)
¡De esa hecatombe que consigue impio
jamás la luz de la virtud se alza,
ni habrá para los pueblos libertades
entre arroyos de sangre pregonadas!
¡De ese ciego furor que le sostiene,
de esas legiones que á su autojo manda,
tan sólo han de quedar sobre la tierra
algunas cortas y sangrientas páginas!
(Volviéndose con vehemencia hácia Pedro.)
:Y si ciego, en tu loco desvarío,

quieres ver dicha donde sólo hay lágrimas,
si á tu gran Napoleon enalteciendo
hasta la gloria con pasion levantas,
yo te diré que acaso sus conquistas
sirvan como crisol de nuestra raza,
y ante el fuego que arrojan sus cañones
contemple el mundo lo que vale España!!

(Con creciente entusiasmo.)

¡Yo te diré que su grandeza toda
en vano polvo la verás mañana,
y en cambio, el heroismo de los hijos
que nacen bajo el cielo de tu pátria,
en el augusto Templo de la Historia
con letras de oro esculpirá la fama!

¡Yo te diré que al peso de sus huestes
tal vez, Europa conmovida caiga,
en tanto que la noble pátria mia
de su yugo ominoso se levanta!!

PEDRO. ¡Madre! ¡madre! (Con terror.)

INÉS. (Con amargura y tristeza.)

Ya sé que á tus oidos
no llegaron jamás tales palabras,
porque viviste lejos de mis brazos
y lejos de la cuna de tu raza.

(Con energía.)

Mas es preciso que á tu madre escuches
pues ántes fué preciso que escuchára.

PEDRO. (Con cariño.) Háblame, sí, te escucho conmovido,
que mucho amor mi corazon te guarda,
por más que lllore viendo tu locura
y me asombra mirar tu confianza.

INÉS. (Con altivez.)

¡Sangre española corre por mis venas!..

¿Viste que un español no la guardára?

PEDRO. Sí, mas en este caso, madre mia,
es locura tan sólo el abrirla:
Zaragoza son ruinas solamente

de un doble y triple cerco rodeada;
muy pronto ha de empezar el bombardeo
que ha de verla rendida sin tardanza,
pues no es posible que con ruinas solo
consiga una defensa prolongada.

INÉS. (Le mira breves segundos, le toma de la mano llevándole hácia la ventana del fondo, que abre de par en par, diciendo con tono mesurado.)

Mira esa calle; mira con despacio
esos grupos; observa que en sus caras
los rasgos de una indómita fiera
con indecible fuerza se retratan... (Pausa.)

INÉS. Mira aquella mujer, jóven y madre,
con qué serena y elocuente calma,
mientras mece la cuna de su hijo
anchos fusiles con su mano carga... (Pausa.)

Mira aquel pobre anciano, cuyos ojos
no ven la luz del sol; mira sus canas,
y mira cómo á tuestas va poniendo
la espoleta que enciende las granadas.
¿Lo ves? ¿lo ves?...

PEDRO. (Confuso.) ¡Sí, madre, ya lo veo!
(Se separan de la ventana dejándola cerrada.)

INÉS. (Con viva entonacion.)
Zaragoza sin torres, ni murallas,
ni fosos, ni aspilleras, ni cañones;
Zaragoza hecha ruinas y abrasada,
sucumbirá tan sólo á los franceses
cuando los nobles hijos que la guardan
no puedan presentar su herido pecho
al fuego abrasador de la metralla.

PEDRO. (Con vehemencia.)
¡Oh, madre mia! tu valor extraño
no me convence y me tortura el alma!

INÉS. (Con acento reconcentrado.)
¡Siento vergüenza al escucharte! ¡¡hijo!!!
¡tú no has nacido, no, de mis entrañas!

PEDRO. (Con vehemencia y cariño.)
Sí; pues estoy aquí para salvarte;
hijo tuyo que, amante y entusiasta,
viene á arrancarte de la muerte cierta,
aunque te pese.

INÉS. (Con horror retrocediendo.)
¡Oh, Dios! ¿qué escucha el alma?...
¿Tú vienes á llevarme? ¡cielo santo,
separa ya mi cáliz, no más, basta!!

(Á Pedro.) Insensato, ¿qué intenta tu locura?

PEDRO. Salvaros á las dos. (Con energía.)

INÉS. (Retrocediendo hácia la casa de la derecha.)
¡Por Cristo! calla,
que si no me acordára que eres hijo
muerto tal vez cayeras á mis plantas!
Huye, si quieres, lejos de estos muros;
vuelve á ofrecer tu corazón á Francia
sin que jamás te acuerdes que has nacido
en esta noble y generosa pátria.
¡Vete! vete si quieres; pero nunca
profanes el ambiente de tu casa
diciendo que has venido, aciago día,
á sacarnos de aquí!

(Desde que empieza á hablar Inés se escucha un ligero murmullo y muy lejanos disparos de fusilería; al llegar á este punto de la escena el murmullo aumenta aunque sin apercibirse voces ningunas.)

PEDRO. ¿No escuchas? ¡calla!...

ya ha empezado el ataque, madre mia;
locura es discutir, el tiempo pasa.

(El murmullo se atenúa cesando la fusilería.)

Yo dejaré las armas si tú quieres,
pero sálvate tú, salva á mi hermana,
y en los hermosos campos de Bayona,
donde bienes y amigos nos aguardan,
viviremos los tres lejos del mundo
y lejos de esas luchas que te exaltan.

- INÉS. ¿Es decir que la paz me ofreces? (Con sarcasmo.)
- PEDRO. (En el mismo tono.) ¡Madre!...
- INÉS. ¿La paz y la fortuna en tierra extraña?
- PEDRO. Y aquí todo el horror de larga lucha,
la pobreza y la muerte al fin te aguarda.
- INÉS. (Con enérgica entonación y muy alto.)
¡Pues huye tú á los campos de Bayona
mientras muero luchando por España!
- VOZ. (Sobresaliendo entre el murmullo que sin cesar se oye.)
¡Viva Agustina Zaragoza!
- INÉS. ¿No escuchas?
- PEDRO. Escucho y se confunde el pensamiento.
¿Acaso inteurarán nueva defensa?
¿Pero cómo ha de ser y por qué medio?
¡Fanáticos no más! Vamos, ¿me sigues?
- INÉS. ¿Pero aún no has desistido de tu empeño?
¿No te he dicho que no?
- PEDRO. ¿Pero qué esperas?
(Desde este momento el murmullo que cada vez se había ido
haciendo más lejano cesa del todo.)
- INÉS. ¡Y me pregunta el pobre lo que espero!
Espero que esta casa, un tiempo tuya,
largos años envuelta en el silencio,
abra sus puertas á los bravos hijos
que á defenderla vengan como buenos.
Espero que sus dobles paredones,
al derrunbarse con sonoro estruendo,
arranquen el acero de mi mano
y el entusiasmo ardiente de mi pecho!
¡Espero que el dolor que me has causado,
en el combate lenitivo viendo,
le dé más fuerza á mi cansado brazo
y más valor á el femenino cuerpo!
- PEDRO. (Con desolación.) ¡Desgraciada! ¿y tu hija? ¿al sacrificio
la llevará tu pernicioso celo?
- INÉS. (Con orgullosa entonación.)
¡Mi hija creció al calor de mis abrazos,

su alma latió mecida por mis besos,
y del Pilar ante la santa imágen,
juró morir su pátria defendiendo.

PEDRO.

(Con exaltacion.)

¡Pátria! ¡Pátria! ¡do quier oigo su nombre!
¿Dónde la pátria está, que no la veo?

INÉS.

(Con acento sublime.)

¡Está donde nacieron tus sonrisas,
do tus primeras lágrimas corrieron,
donde se oyen los cantos que se cantan,
do se ven las acciones de los cuentos,
donde se escucha la palabra misma
que infantiles tus labios aprendieron!

(Desde este momento se oye de nuevo el murmullo, que va
creciendo hasta la terminacion de la escena, pero de modo
que no moleste al público.)

Está donde se ven las ilusiones
del juvenil y dulce pensamiento;
donde nace el calor del entusiasmo
y se esconde la pena del recuerdo;
donde meces la cuna de tus hijos
y guardas las cenizas de tus deudos.
¡¡Qué mucho que preguntes por la pátria
si tu loca ambicion te llevó lejos...

—

(Desde la terminacion de esta escena y durante el trascurso
de lo que sigue, no deja de oirse murmullo de voces (á in-
tervalos), descargas de fusilería (estas lejanas), aviso de hom-
ba por la campana, cuyos rumores no han de molestar al
público. Empieza á anocheecer lentamente, de modo que al
terminar el acto cierre la noche del todo.)

ESCENA VII.

INÉS, PEDRO, MARÍA, y luego TOMÁS, DIEGO, HOMBRES y MUJERES
DEL PUEBLO, estos últimos armados con trabucos, hoces y diferentes
armas y con hachones encendidos.

MARÍA. (Dentro viniendo la voz desde muy alto.)
¡Madre! ¡madre! Ya vienen los franceses
á atacar el Portillo...

INÉS. (Con terror.) ¡Dios eterno!
Tu hermana, que no sepa, desdichado,
que eres su hermano tú.

PEDRO. (Ap.) (No la comprendo.)

INÉS. ¿Dónde estás? (Á María alto.)

MARÍA. (Dentro.) Del torreón en la ventana
su marcha doble sin cesar observo.

INÉS. (Á Pedro.) Aprovecha su ausencia y sin tardanza
huye de aquí.

PEDRO. (Ap.) (Puesto que no hay remedio
me llevaré á la madre, y por la hija
sin tardar volveré.)

(Coge á Inés por la cintura procurando llevársela. Inés se
defiende y se da lugar á la consiguiente lucha.)

INÉS. (Al sentirse cogida.) ¡Viven los cielos!
¡Suelta, impío!

MARÍA. (Dentro, alto y vivo.) ¡Ya corren, ya se acercan!
¡Con qué bravo entusiasmo están los nuestros!
(Descarga de fusilería.)

PEDRO. (Á Inés.) Es inútil, te salvo aunque no quieras.

INÉS. Si no sueltas, doy gritos y eres muerto.

PEDRO. Si quieres, hazlo, pero soy tu hijo.

(En este momento la lucha cede al escuchar el canto de
una rondalla que se aleja vivamente como si solo hubiera
atravesado una boca-calle.)

RONDALLA. (Cantando la jota del sitio.)

La Virgen del Pilar dice

que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.:

(Es inútil recomendar que desde el principio de esta escena hasta el final, los actores han de expresarse con viva rapidez.)

INÉS. ¡Insensato! ¡renuncia á tu proyecto...

(Durante la lucha anterior, Pedro ha conseguido arrastrar á Inés hasta cerca del monton de leña.)

UNA VOZ. ¡Viva España! ¡Mujeres, á la lucha!...

INÉS. (Á media voz y sin fuerzas ya para resistir.)

¡Hija! ¡socorro!!

MARÍA. (Apareciendo en una ventana alta.) ¡Madre! ¡santo cielo!
¡Tomás! ¡Diego! ¡socorro, los franceses!...

INÉS. (Á Pedro.) ¡Huye!!

PEDRO. (Á Inés.) Sin tí, jamás!

MARÍA. (Dentro.) ¡¡Socorro!!

INÉS. (Á Pedro.) ¡Pedro!

MARÍA. (Dentro.) ¡Madre, madre! ¡defiéndete un minuto
mientras bajo!

INÉS. (Á Pedro.) ¡Por Dios!

PEDRO. (Separándose de su madre.) Puesto que el cielo
lo quiere, sea; muere por tu pátria,
y adios, desventurada!...

INÉS. (Á Pedro, con precipitacion.) ¡Presto, presto!
que vienen ya!...

MARÍA. (Entra con la pistola en la mano.) La fuga no te salva!
Muere, infame francés...

(Le apunta con la pistola y dispara. Pedro al sentirse herido avanza hácia el lado donde está Inés, viniendo á caer cerca del emparrado, segundo término de escena. La posicion de los actores es la siguiente: Inés y Pedro formando un grupo á la derecha del espectador, María abriendo la puerta del patio á los que se supone acuden á sus voces de socorro.)

INÉS. (Al ver caer á su hijo.) ¡Virgen del cielo!

MARÍA. ¡Por aquí! ¡ven! (En la puerta del patio.)

PEDRO. (Á Inés.) ¡Su mano es inocente!...

INÉS. (Á Pedro.) ¡Hijo del corazon!...

- PEDRO. (Á Inés.) Con tu silencio
quiero contar en mi postrer instante,
¿Me lo juras?
- INÉS. (Á Pedro.) ¡Lo juro!...
- MARIV. (Entrando en el patio seguida de Tomás, Diego, hombres y
mujeres del pueblo. Al ver á su madre sosteniendo á Pedro
entre sus brazos como en tono de reproche.)
¡Madre!
- PEDRO. (Agonizando.) ¡Muero,
tal vez por la justicia soberana
castigado!
- MARÍA. (Ap. á Inés.) (¿No ves que te están viendo?)
(Alto y dirigiéndose á los que están en la puerta.)
Este francés que entró, no sé por dónde,
y amenazó á mi madre...
(Movimiento del grupo para lanzarse sobre Pedro.)
¡Quietos, quietos!
Mirar que está ya herido!
- DIEGO. (Á María.) ¡Por tu mano?
¡Demonio de rapaza! ¡qué me alegro!
¿Pero qué hace tu madre?
- MARÍA. (Confusa.) Está á su lado...
- TOMÁS. (Como haciéndose violencia.)
¡Caritativa siempre á lo que veo?
- MARÍA. (Ap. á Inés.) (Que te van á llamar afrancesada.)
Como ella es tan amante!... (Alto á los demás.)
- INÉS. (Á Pedro.) ¡Pedro! ¡Pedro!
- PEDRO. ¡Adios, madre, quisiera...
- INÉS. (Á Pedro.) ¡Dime, hijo!...
- DIEGO. (Á Tomás.) Es raro el sucedido!...
- PEDRO. (Á Inés.) Que mi cuerpo
quedase entre las ruinas de esta casa...
- INÉS. Yo te lo fio!... (Á Pedro.)
- PEDRO. (Muere.) ¡Adios por siempre!
- INÉS. (Con desesperacion.) ¡¡Muerto!!!
(Desde este momento empieza á oirse lejano toque de arre-
bato que, junto con el fuego de fusilería y cañon y con los

murmujos, componen el cuadro final de la escena.)

- DIEGO. (Á Inés vivo y alto.)
¡Inés, ese dolor, siendo un gavacho!...
- MARÍA. (Ap. á Inés y vivo.)
(¿No escuchas, dí, lo que te están diciendo?)
- INÉS. (Conteniendo su dolor y alto á todos.)
Sí, pero el pobre... y luégo la sorpresa...
(Ap.) (¡Corazon infeliz, guarda silencio!)
- DIEGO. ¡Que hacemos falta fuera! (Bruscamente á los demás.)
- TOMÁS. (Ap. á María.) (Yo no entiendo...)
- MARÍA. (Ap. á Inés.) (Dí alguna frase que en tu abono salga.)
- INÉS. (Á todos.) Escuchad, escuchad.
- DIEGO. (Á Inés.) Vamos, ¿qué es ello?
- INÉS. ¡Por allí hay una mina! (Alto á los demás.)
- DIEGO. (Con mal modo y vivo.) ¡Y esa calma,
cuando acaso el francés nos está viendo?
- INÉS. (Á Diego.) Va al campo de Verdier ¿con gente brava!...
- DIEGO. (Terminando el pensamiento de Inés.)
¡Vaya si hemos de ir!
- INÉS. (Volviéndose hácia su hijo.) (¡Hijo, te vengo!)
- TOMÁS. (Levantando la espada y dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
Yo he de guiaros.
- TODOS. ¡¡Bien!!
- DIEGO. (Á las mujeres.) Y ahora vosotras,
(Las mujeres, que van todas armadas, se adelantan.)
la primer barricada apagó el fuego...
¡Conque á encenderle pronto!
- INÉS. (Á Diego.) En la bodega
los barriles de pólvora prevengo,
y si entran los franceses en la calle
haré volar mi casa!
- DIEGO. (Con entusiasmo.) ¡Bravo! ve
que se porta cual sabe la vecina.
- MARÍA. ¡Madre! (Abrazando á su madre.)
- INÉS. (Separando con dulzura á su hija y con ademán enérgico.)
¡¡Á las barricadas!!

- MARÍA. (Á Inés.) ¿Nos veremos?
- INÉS. (Con tono solemne.)
¡Tan solamente la justicia eterna
puede saber lo que nos guarda el tiempo!
(Toques lejanos de cornetas: el rumor de la batalla crece.)
- TOMÁS. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda y en muy alta voz.)
¡Seguidme á conquistar la independencia!
(Desaparecen por detrás de la leña.)
- MARÍA. (Con entusiasmo dirigiéndose á las mujeres.)
Á defender España, hijas del pueblo!
(Sale precipitadamente por la puerta del patio seguida por
las mujeres.)
- RONDALLA. (Cantando cerca y vivo.)
La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa...
(La actitud de los personajes es la siguiente: los hombres
desapareciendo por detrás de la leña. las mujeres saliendo
rápidamente por la puerta del patio. Inés arrodillada al lado
de su hijo é iluminada la escena con bengalas.)
(El telon cae rápidamente.)

FIN.

ZARZUELAS.

	¡De los toros!	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
	El amor de un boticario.	1	D. Carlos Mangiagalli..	M.
2	El estudiantillo.	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
	La sombra de Carracuca.	1	Llombart y Garrido..	L.
1	Lo que puede decirse, <i>parodia</i> .	1	D. Carlos Mangiagalli..	M.
	Ladrones!	1	Sres. Cuartero, Ama- trian y Ruiz.	L. y M.
3	Maestro de amor.	1	Navarro y Alcalá Ga- liano.	L. y M.
2	Por cambiar de domicilio.	1	Olier y Taboada.	L. y M.
1	Quítese usted la ropa.	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
	Quiera usted á mi mujer.	1	D. Carlos Mangiagalli..	M.
	Skating Ring.	1	Mariano Barranco.	L.
»	Un crimen misterioso.	1	Sres. Lastra y Valverde y Chueca.	L. y M.
	Un maestro de obra prima.	1	Ruesga, Valverde, y Chueca.	L. y M.
9 c.	¡Á los toros!	2	Vega, Valverde y Chueca.	L. y M.
	¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca.	M.
	El empresario de Valdemorillo.	2	R. Carrion y P. Do- minguez.	L. y M.
»	El laurel de oro.	2	Rubio y Taboada.	M.
	El pájaro verde.	2	D. Carlos Mangiagalli..	M.
	Huyendo de ellas.	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle.	L. y M.
	Los Madriles.	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
	Amapola.	3	Lecoq.	M.
	La panadera.	3	Offenbach.	M.
	Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion..	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

